FRITZ WOLFE, EL HOMBRE EN EL PACÍFICO

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos Rugeles

2025

Dedicado a Jorge Augusto Restrepo Rivas de quien tanto tomé y poco le aporté y un día pensé que había muerto pero dijo que todavía no, tres veces.

Dedicada a William Rueda (Tano) quien me dio las enseñanzas del éxito y del fracaso y quien piensa que la vejez todavía no llega. Gracias.

Fritz Wolfe ahora sentía frio en las noches. Dos camisas con demasiados huecos para eso de la suerte, tapaban ahora su espalda con los tatuajes que da el Sol y lo protegían de la brisa que venía de la Mar que solo enfriaba algo de sus piernas y le secaba los pies.

Fritz Wolfe limpiaba su nariz con un fuerte viento que venía de su interior y a veces algunas gotas con un olor raro y algo rojas caían sobre su pecho. Le recordaban al sudor del ladrón que afilaba cuchillos de día.

Fritz había llegado hace poco de llevar un sobre. Notó que la lluvia había avanzado en la noche haciendo que la Mar golpeara las rocas y arrojara algunos restos de botes a la arena. Él había ido con dos impermeables que le tapaban la cabeza y se había devuelto evitando los pozos de agua que se formaban antes de las alcantarillas. Ahora las ropas colgaban en una reja que estaba antes

de la puerta y los zapatos esperaban a la llegada del Sol. También lo esperaban unas llantas fuera de su casa llenas de agua. Era donde el mosquito elaboraba sus planes de ataque. Ideas para los Japoneses vecinos.

– ¡Ya no necesito defenderme de las mujeres que revenden el Pescado en esta Isla! – dijo Fritz Wolfe tapando la ropa lavada con cepillo y Jabón de Tierra con un antiguo poncho impermeable que había encontrado en una cueva. Era del verde de la Guerra a la que fue Fritz Wolfe. Allí se fue volviendo pálido. El sol logra muchas cosas y hace olvidar a las Mujeres que hacen Jamones y se van por diferencias religiosas – Y ni que mis hijas no me dejen gastar el dinero que recibo del Alcalde de esta Isla en las mujeres cariñosas con menos arrugas que Yo. El día que no haga eso moriré.

– Es mejor que lo defienda otra Mujer – dijo Ernesto ayudándolo a bajar de las tejas unos zapatos que estaba asoleando con un palo de madera – Es la única forma. Así termina todo. Eso lo saben las Mamás. Solo unas palabras y la mirada. Y el hombre queda libre para buscar otra Mujer.

– La vida se descompone como el Pescado. Si uno deja que pase – dijo Fritz Wolfe escuchando como el sonido de la lluvia iba aumentando y las gotas que hacían sonar algunos baldes para luego disminuir. Luego pensaba en las latas con Sardinas que le enviaban los Ecuatorianos y en algunos Limones.

– Y a veces debajo de las escamas brillantes hay una buena carne azul, Fritz – dijo Ernesto barriendo del piso un poco de Sal que había sacado de evaporar el agua de la Mar y arroz que le había tirado encima a un colchón para retirar la humedad – De calidad para los inventos de comida de los Koreanos.

– Ayer preguntaron qué hacíamos todo el día en la Mar. Les dije que usted Ernesto y Yo hacíamos la vuelta, la media vuelta, la vuelta en redondo y algunas volteretas mientras rodeábamos la Isla. Preguntaron los nuevos, los que no quieren ser ya Pescadores y se casaron con mujeres bonitas y de esas nuevas religiones y tuvieron hijos feos.
– Solo los virajes que salen de danzar con la Mar. ¡Alla donde no nos escucha la gente! Y algunos vomitan todo el tiempo sobre Tortugas y Tiburones – dijo Ernesto alistando unas cacerolas deformes por los Perros trepados en la cocina que las tumbaron al piso y ollas para el almuerzo que habían perdido su tapa – ¡Necesito una piedra para volver estas ollas a presión! Me lo enseño mi Mamá.
– ¿Ya pensó en las Conservas de Pescado? – dijo Fritz Wolfe alistando una taza con arroz partido llegado del extranjero y buscando

algo para matar unas Cucarachas que venían del Colegio de al lado y se metían siempre en la despensa.

– ¡En el Antipastol! Pienso en esa mezcla deliciosa. Recuerdo el que compraba mi Papá a los contrabandistas. También le vendían Mejillones Españoles, Salmón del Canadá y Caviar Ruso – dijo Ernesto sonriendo y humedeciendo sus ojos al recordarlo y deseando que otra vez estuviera con él llenando crucigramas mientras pescaban. Y que las babas espesas que le salían de la garganta hubieran sido por un poco de jabón que olvidaron en los platos cuando quisieron quitar el olor a Antipasto.

– ¡Escamar, salar y avinagrar! Luego las verduras cocidas – dijo Fritz Wolfe acomodando unos cuchillos muy filosos que le había comprado a un hombre de cabellos rojizos – La zanahoria es importante. Eso dijo un nuevo experto en Coliflor. Abundan los expertos.

- Las mujeres nos vuelven Pescados – dijo Ernesto recordando a la que fue su esposa de joven, la que nunca se llegó a parecer a la de Proverbios 31 ni él al hombre de Efesios 5 – Luego un Antipasto que se puede echar a perder hasta que otra mujer que mide el tiempo fuera de la nevera lo encuentra. En silencio como el hombre que llena de jeringas con hormonas a su hijo para ser Europeo. El era bajito. ¡El susurro de la Mar es lo importante!
- ¿Recuerda las Caballas, Ernesto? ¡Un pescado muy sabroso! Venía en lata como el Arenque y las Anchoas. Su papá a veces me regalaba unas latas que le daban los Contrabandistas. ¡El pago por curar los efectos Sifilíticos de tomar jugo de Guanábana! A veces eran las Monjas las que le daban regalos. Me gustaba el Arequipe y las Galletas. Ahora ya deben ser Almas Benditas.
- Si, todo lo bueno venía en lata como el Caviar Negro y el Queso Amarillo.

– Sí. Los pescadores de ahora no las conocen. Las cosas pasan y no les importan – dijo Fritz Wolfe notando que veía poco por el ojo izquierdo y sus dedos de las manos comenzaban a hincharse – Tampoco deben conocer la comida de donde son originarios. Seguramente no conocen los peces venenosos.
– Yo no soy cobarde como ellos para decir que nací en un sitio ni creo que el amor a la Mar sea una prisión – dijo Ernesto sobando su riñón derecho y notando que algunos de los pelos de su pecho se habían vuelto blancos. Le recordaban que nunca debía rendirse ni confiar en la parentela – Ni temo a la Mar aun con el ánimo bajo y solo le soy fiel al edificio del Prostíbulo y a la mujer que está en la casa.
– Para tener esos gustos siempre nos ha tocado huir de la gente – dijo Fritz Wolfe embolsando un Librito viejo y amarillento de la Isla donde enterraron un baúl y se mataron

entre ellos – Abandonarlos con tanta confianza. Y los olvidamos como lo hacen los recién nacidos con la gente que los bota en los basureros. O los crímenes de los migrantes.

– La pesca, nosotros y la Mar nos parecemos a esas palabras que dejan de usar los de la Isla – dijo Ernesto – Y a esas frases que trastean del extranjero que nadie logra entender. Pero ambos debemos recordar estas palabras que siempre pronunciamos cuando estamos en el corazón de la Mar: El Señor es …

– Hoy la anciana de los Tintos me dijo que debíamos creer en los augurios y olerlos desde lejos en las Brisas de la Mar: los indicios de una buena pesca. Eso lo hacía usted de joven Ernesto, cuando su mirada ardía como el Sol viendo a esas muchachas bañándose en el rio con las camisas transparentes. Después del permiso de su novia sentada junto a usted. La Doricia. La que ya venía preparando el camino para dejarlo.

– Ahora solo tengo estas señales en la piel – dijo Ernesto remangándose la camisa – Las abreviaturas de toda una vida en la Mar. Su Miel. También cicatrices de las aletas de los peces y quemaduras: Las de un Lobo que nunca comió la carroña de su familia tramposa y nunca se arrodilló ante nadie. Ni cuando le machacaron la cabeza a un vecino con una carreta.
– Mis piernas también están firmadas por los Corales – dijo Fritz Wolfe – Soy un monumento al anzuelo y a al temor que tiene el pez a su sombra. Un recuerdo de cuando la Mar quería ser mi sepulturera. ¡Con sus olas me decía que había suficiente espacio ahí abajo! Pero yo la amaba y siempre le decía que no.
– Esas cárcavas submarinas ya tienen mucha gente, muchos de mis enemigos de los que aprendí tanto – dijo Ernesto admirando su pantalón gris con rallas negras y grises que le llegaba hasta el tobillo, un regalo de su Esposa – La Mar no es un

lugar religioso. Uno se pudre rápido. En un fondo marchito y sin ventilar. Sin las adicciones del Amor que nos impide comer o dormir. Pero es un sitio que el presente no pregunta por el pasado. Oxidándose bajo el agua.

– ¡Deme de ese Café que trajo en el termo! – dijo Fritz Wolfe alistando su pocillo bien Argentino. El que le regalaron del 5–0 Colombiano. De ese partido de Futbol que muchos no quieren recordar.

– Yo iba pasando y su olor me llamó – dijo Ernesto sacando el termo de una bolsa transparente amarrada con una cabuya – El olor de las mujeres también me llama. El de algunas que huelen a Café. Me hechizan esas notas de olor y sus cosquillas. A veces lo que piensan. Pero solo recuerdo a mi Madre sentada en ese butaco esperando a que la Mar me devolviera... Una mujer que siempre fue suficiente para mi alma sin paz en los años de juventud, la que

navega en esa feroz corriente que recorre el planeta, el que cambia.

- A mí al final de la vida, la Mar me barnizó con su olor. De joven la rebeldía cortó lazos con mi madre y pude vivir. - dijo Fritz Wolfe sonriendo por haber vivido bien, como él quiso y como no terminó cojo o manco o tuerto, fue feliz con eso, sin deudas con la Mar ni anhelos con la muerte. Solo una ropa mal lavada y una comida quemada. Al inicio - Los Pescadores olemos mejor. Es la sangre que sale de ellos.
- ¿O fue el pescado salado que cuelga de las tejas de su rancho el que le dio ese olor y lleva a las mujeres al Valhala cuando usted las ama? - dijo Ernesto revisando que llevaba en su bolsillo un pequeñito diccionario que ya no podía leer, pero había sido el que le había afilado el espíritu todas esas noches en la Mar. Pensaba que siempre se iba de la palabra a la idea y que por eso un diccionario es

el único libro que un hombre debe llevar a la Mar.

- Es su amistad y no las mujeres Ernesto, la que ha evitado todos estos años que me convirtiera en un cadáver y que me levantara todos los días a botar los anzuelos - dijo Fritz Wolfe - Gracias.
- Hay pocos que entienden la grandeza. Y usted ha sido extraordinario. Mi amigo - dijo Ernesto dándole un pedazo de pan para que sus huesos y su cuero fuera tan fuerte como la del pájaro Carpintero. Había visto que cuando morían sus cuerpos permanecían intactos como rocas. Por si caía a la zanja de la Mar.

Debajo de la sombrilla verde que le daba algunos frutos rojos para comer, tan dulces como los duraznos y suaves y coloridos con las fresas, Fritz Wolfe veía la Mar en esos días en que no pescaba - los carentes de las batallas del Nylon - como el Sol calentaba las arcillas y las hierbas espinosas cerca

de la playa. Las que tienen esas espinas que cortan por encima del pantalón y dejan sobre la piel una hilera de pequeñas puntadas. Una cremallera a la que no le gusta la sal de la Mar.

Ahí, Fritz Wolfe pensaba en la Lotería que había ganado su vecino Billarista y Putero y en la gratitud en abrazos para quien le recomendó el número. No hubo dinero para el otro.

Y también se acordaba del letrero templado con sogas en la curva de Restaurante donde el precio del Pescado salado y los olores a Mariscos subían en cercanías al violento Viernes. Un día donde a más de una Vaca le perdonaban la vida. Esa semana en la que los Perros le arañaban la barriga a Fritz para que escribiera.

Fritz Wolfe estaba bajo uno de los pocos sitios frescos en la Isla. Sentado sobre una roca que parecía moldeada por el Taladro de algún Psicólogo. Bajo esos árboles ya no era necesario el sombrero de hojas de Palma pero si el pañuelo

para espantar algunos Zancudos amarillos y otras alimañas de nombres desconocidos. Amantes de la sangre. Eso hacia pensar a Fritz si la migraña de aquellos memoristas de nombres de Zancudos estaba relacionada con la inteligencia. Porque él no se sabia ninguno. No veía utilidad en memorizar nombres. A todos les decía Juancho.

Aunque la sombra le hacia la vida agradable, estaba mortificado. Su homónimo que escribía supremamente mal, él que vivía en la península de la Isla, había hecho desaparecer la pequeña colección de sus cartas de la Biblioteca.

También se sentía ofendido porque su profesión de Marino había llegado a menos por los imitadores migrantes de las montañas. Los de la dinamita y garrote en mano. Por eso a Fritz Wolfe le gustaba siempre encontrarse navegando en medio de la Corriente de Humboldt, en su viejo bote. Allí no estaba esa gente.

En la mañana, después de quitar un poco de polvo con unos calzoncillos rotos de sus revistas viejas con imágenes de mujeres que el soñaba amar – muchos párrafos leídos y rallados – y acomodarlas sobre unas tablas por tamaños, había caminado por el lado del lavadero de automóviles – solo aceptaban casi limpios –, junto a la mujer que vendía jugos especiales para amar a las mujeres. Con intensidad y delirio gracias a los componentes mágicos del batido frutal y de Kola. Estaban de moda.

¡Esas extranjeras de besos apasionados y bailes exóticos y tatuajes en sus brazos y muslos gruesos que se afanan en despachar al cliente viejo que dejó el reloj, al que se demora en ponerse los zapatos y las medias! << A veces se puede imaginar ser amigo de ellas cuando hay algún dinero enrollado en el bolsillo – pensó – pero yo creo más en el agua hervida con Panela con algunas gotas de Limón amargo y en

unos tragos de Chocolate con sal. Y en sentirse como tener una Camioneta de Juguete de color negro y algunas rayas rojas de algunos justicieros del pasado >>.

Fritz Wolfe venía de haber abierto – con un palo con gancho de ropa en la punta – la puerta de su casa y de escuchar las palabras de desaliento de la Casera (La Casera: A cynic is a woman who kmows the Price of everything and the value of nothing) mientras lo hacía, la dueña de la cerradura y amiga frecuente del cerrajero. Era esa mujer la única persona en el mundo que Fritz Wolfe no quería ver ni oir (A woman is but what she knoweth) solo aquellos días cuando el Fósforo del Pescado y el Plátano se acumulaba en su parte baja del cuerpo en nivel tóxico.

Después Fritz Wolfe estaba ahí en la Mar, en su bote, en esa Corriente como todo hombre moderno que lo afecta el sarcasmo que emana de las luchas políticas en la Isla – las que

identificaban al Pescador por olvidar el uso de crema para las manos y la ausencia de cayos –. Obviaba las burlas de sus vecinos más brutos que él.
Los que aborrecían el Diccionario de Gluten con nuevas palabras que flotaban en la Sopa. Así como el descredito que le dejó la parentela codiciosa y perversa de olor rancio y con riza de Troll debajo de un puente – la gente compuesta por esos viejos con sus mujeres que quería fornicar con él un rato después de unos tragos y abrazos, gente que llevaba en una mano la piedra y en la otra un pedazo de pan – gente de larga longevidad. Decían que esa gente tenía pacto con el expulsado al subsuelo y que por eso la mujer que amaba Fritz Wolfe se había dedicado a la Carpintería. Algo con unos clavos de otros carpinteros.

Pero Fritz Wolfe siempre pensaba en otro idioma como le había enseñado la Mar y una maestra del Colegio: <<

Aequam memento rebus in arduis servae mentem >>.

Siempre al llegar las tardes Isleñas, en esos días en que no pescaba, veía como el Sol marcaba un abanico en las hojas de las pequeñas Palmas y hacia brillar las escamas de algunos peces confiados.

Recordaba que en esta Isla volcánica los huracanes siempre azotaban las casas de los facinerosos y que no sabía cuándo había llegado Ernesto a vivir allí. Con su bote. Siempre fue un hombre imperturbable, ecuánime e insensible ante la desgracia. Con su amor a la Mar que solo le regalaba silencio. Un hombre que no tenía moho ni pus en la cabeza.

Cuando Fritz Wolfe estaba en su Bote, casi siempre empujado por la Corriente, sentía molestias filosóficas de la gente de la Isla donde nació. Pedregal Coralino que muchos visitantes, atraídos por la Hidromiel que preparaba con esmero un Periodista dueño de un gato, recordaban entre tragos sus

ironías peculiares, sátiras como recluta disparando fusil en medio de dos montañas y las palabras más picantes que el Ají que vendían en los tarros de vidrio. Así eran los lugareños. Sus paisanos. Los que siempre decían en su dialecto isleño: << Anybody can make history. Only a great man can write it >>.

Muchos de los de allí, a los que el sol no les había arrugado la piel ni les había permitido tener cayos en las manos por la red, hablaban que las decisiones les habían dado experiencia para valorar cada gota de agua que otros traían cargada del pozo - Fritz siempre pensaba que eran hipócritas -, también se la pasaban buscando cosas bellas en los atardeceres, esperando recibir más al recordar su pasado y ver su posible futuro, borrando de su mente muchos días del año, aplastando a los que no estaban a la moda y luchando con detener las olas sin saber navegar.

Son los dardos que manda la gente de la Isla donde duermen Fritz Wolfe y su amigo Ernesto, con sus bocazas hambrientas por Pollo sudado con Papas y Carne de Costilla de Res nadando en medio de bolitas de Pimienta, gente como los maremotos de Perú y Chile. Son un pueblo Isleño que digiere con rapidez el Pescado regalado que viene del barco de Fritz Wolfe y Ernesto y que después con la barriga llena acostados en las Perezosas sillas, se la pasan diciendo pullas e indirectas a todo el que pasa arrastrando las Chancletas.

Este fenómeno de dientes es común en todas las costas del Mar del Sur – Algo que alguna vez le dijo Ernesto –. Fritz Wolfe lo vivió. Ernesto también. Esas palabras causan siempre una devastación como las que golpean a Tuamotu y Nueva Zelanda. Balazos que ahogan gente – que decían daban buenas brazadas y eran excelentes comerciantes por arrojar Perros a los Tiburones para entretener visitantes – como en el

litoral de Juan Fernández. O destruyen los ranchos del Callao, de Concepción, de Valdivia e Iquique. Esas ondulaciones semánticas llegan hasta Hawaii y Japón.

Por eso Fritz Wolfe y Ernesto le daban valor al silencio en sus bocas. En los días de pesca. El Silencio es algo importante en la Mar. Al menos no se asustan los peces ni se alerta a los Piratas.

Como escritor de frases sobre la Mar después de la Pesca, a Fritz Wolfe no le gustaba y sin embargo, tal vez por un acto de amor a su compatriota, mantener sobre los ladrillos junto a su cama el libro Amarillo que muchos llevaban bajo el brazo. Junto a la botella de vino tinto y las gafas redondas. Le gusto verlo de pequeño cuando su Papá lo llevó. Fritz Wolfe amaba a su padre. Y a su madre. Y a otros. Ellos a él no. Tal vez un poco cuando él lograba sumar algunos números y juntar varios billetes.

- Ahora que estamos en la Mar y se puede hablar, ¿Conoce algún poeta Fritz? – dijo Ernesto cortándose las uñas de las manos con un nuevo aparato más resistente – De esas criaturas necias y crédulas que escriben sobre la Mar, fuman ese humo mágico y hablan de las Mujeres de un solo amor y la Muerte que va por los caminos y hospitales asesorando incautos. ¿Que las creen sensatas algunos?
- Conozco a dos – dijo Fritz recordando esa maleta que encontró en una playa con libros de supervivencia – Whitman y Frost << Me gusta What Fifty Said – pensó >> pero esos poetas ya están muertos. Olvidados por la gente que vive en las playas y sus bienes vendidos. Los conozco de letras de algunas noches del año cuando entiendo su idioma y hace poco calor.
- "When I was young my teachers were the old... Now I am old my teaches are the young" – dijo Ernesto en su

estado políglota – ¡El tiempo pasa y la vida no se repite! ¡Eso dice la gente vieja que no le advierte a los jóvenes lo que viene! Después solo queda mirar las fotografías y recordar.

- Me alegra cuando nace un niño hijo de Pescadores – dijo Fritz – Yo lo fui en un Enero de hace mucho. Luego me dieron las sopas de Plátano y Pescado y me volvieron como Epicteto. Así logre sobrevivir a la voracidad vecinal. También comí la Mazamorra y la Malanga Americana para los huesos. Crecí rápido y me sacaron a la calle. Terminé en la Mar.
- ¿Por qué? – dijo Ernesto – Siempre hay alegría en un padre cuando el hijo se baña en la Pila del Agua, se rompen algunos vidrios de otros vecinos y se toca en las puertas antes de salir corriendo. A veces cuando se fumaba por error una Colilla que dejaba el tío Luis cuando detonaba la pólvora luminosa. Para ser como el Hombre de Sombrero

con botas sobre un Caballo blanco. O cuando la bicicleta y los patines no aguantaban otro salto más.

- Yo solo me acuerdo de los brotes de la hierba – dijo Fritz – No la del humo mágico que acompaña a los muchachos de la música de colores si no la que hace que siempre lleguen las Palomas a la Isla. Luego se van y defecan y vuelve a aparecer la hierba. << Las Palomas se parecen a las mujeres que amamos los Lunes que se niegan a los besos y a las que vivimos los otros días que si los dan pero no se dejan amar – pensó – He creído siempre que ellas son como la Cerveza en fermentación cuando un loco va y la agita >>.
- Yo no entendí la muerte. Ni de viejo ni de joven. Y veía como los vecinos se molestaban con los jóvenes y se entristecían porque el tiempo paso y se volvieron viejos esos jóvenes – dijo Ernesto pensando que ya han pasado muchos años y unas semanas – Por eso me alejé un poco de mi

oficio de Pescador. Y he pasado hambre por eso. Y los pensamientos de querer hacer otro oficio pensando que es el correcto llegan en las noches. Entonces pienso que uno debe aceptar lo que le toco y cambiar si se puede. Porque el hambre sigue. No se aplaca.

- No pienso en eso – dijo Fritz Wolfe exprimiendo unos Limones en un vaso con agua para limpiar sus Riñones y manchar la taza del baño – Mejor agrego sal al colchón de mi cama. También arroz. Aleja los olores de las travesuras del amor y los pensamientos incorrectos de los fines de semana.
- Ayer compre una almohada llena de retazos – dijo Ernesto – Algo dura. Mis sábanas también son de retazos. También toqué el bombillo caliente de la lámpara porque me estoy quedando ciego. Tuve que usar ese aceite con tintes verdes de las plantas medicinales. Y después levante la cabeza y vi la luz de la

lampara de la calle que iluminaba el verde de un árbol.

- Se quemó de la misma forma en que se enamoró de una mujer que amaba a otro – dijo Fritz – Fingía muy bien cuando la llevaba a comer Mariscos y pescado frito. Debería anotarlo en un papel y dejar de comprarle Café a ese hombre que ahora es su esposo.
- Ese hombre me hizo un favor. Al principio quería matarme con la mirada y así quebrar algunos huesos pero después sus ojos buscaban mi sabiduría. A ella la vi hace unos meses en un Cafetín de la loma. Ya no era joven y había crecido con sus zapatos. Parecía un cadáver de frustración. Y más rígida se ponía cuando me le acerque – dijo Ernesto colocando en remojo algunos granos de Frijol que llevaba en la Popa desde hace varios meses – Supe que había matado a su primer hombre con un gancho de pesca. Mi reemplazo. Alma bendita. Los otros

pretendientes que siguieron fueron solidarios.

- Seguramente cuando lo vio a usted Ernesto con esos Pescados y lo olió a través de la camisa sucia deshilachada trató de desmayarse – dijo Fritz – Jajaja.
- Pensó que Yo era un amigo – dijo Ernesto observando como un Perro arañaba las tablas del casco para acomodarse. Y el Cangrejo que vivía ahí solo hacia sonar sus pinzas.

Los Domingos Fritz Wolfe y Ernesto se sentaban a mirar la exhibición de la Tienda de Zapatos. La que solo tenía pares derechos. Algo para enfurecer los ladrones. Desde ahí y a través de las flores rojas falsas de los Trinitarios, se divisaba la Mar, las rocas blancas que fueron Corales y el reflejo del sol en las aguas que tenían algunos botes. También se acordaban que el pie derecho de los Pescadores siempre es más grande.

Luego miraban el tocador de aquella Mujer que vivía encima de la Zapatería – señalada como económica en el amor, de buenos modales que engañaban a muchos en el Bar – y veían que junto a los colores de la belleza y al bello reflejo de una piel dorada y unas carnes cubiertas de unos pequeños pelos amarillos, permanecía un billete metido dentro de un forro triangular. Fue el primer dinero que ganó en su profesión honesta y deshonesta a la vez – el amor es así, pensaban ambos cuando tenían hambre –, y lo tenía ahí para recordar lo difícil que fue obtenerlo. Y no gastarlo sin dejar de pensar que en su cama dormían tres, cuatro y cinco hombres de ojos claros y negros poco inteligentes cada día.

Una vida con hermosos pies y suaves manos y pequeños lunares negros que se parecían a las nubes por las que pasa suavemente la luz y a veces la oscuridad entra por debajo en un movimiento rítmico. Nubes arrastradas

por el viento como dos enamorados y dispersas por la lluvia después de pasar el tiempo. Luego se mueven y desaparecen dejando solo la espuma de las olas.

Y al mismo tiempo desde ese sitio, Fritz Wolfe y Ernesto miraban las manos verdes y amarillas de las altas Palmas llenas de Cocos. Aquellas que recibían las gotas del viento y golpeaban las ventanas de madera quemada y barnizada, hojas que bailan con la brisa sin mover sus largos dedos. Como las mujeres solitarias que nunca mandan con la Orquesta. Luego todo se despeja y los Cocos no se caen.

Ernesto notaba después de la lluvia que los dedos de las Palmas le hacían señas a la gente de la playa para que salieran con las escobas. Y entre ellos también salía el hombre que culpa a los Espinos de los arañazos de su cara. Y la señora que sirvió a sus hijas y a su yerno el estudiado en las Ciencias de la Mar el Arroz que cocinó con un pedazo

de jabón azul. Y el Anciano que fue a buscar sus paquetes de Pañales y se tropezó con el hijo que le empeñó la Calculadora: El adicto que caminaba allá abajo entre comerciantes, aduladores, los que pedían dinero, actores, chulos, mafiosos, estafadores, degenerados y gente del populacho, siempre con una cinta en la boca para que no lo mataran. En la Isla había de todo, como en la ciudad del continente.

Todo esto también se veía desde la Casa de Fritz Wolfe en lo alto de la loma, la que tiene una lámpara en la mitad de un jardín de árboles de Mango – alimentados por Ernesto con sedimentos de la Isla de Pascua y la de Juan Fernández, arcillas rojas y huesos de tímpanos de Ballenas y dientes de Tiburón y algunos Meteoritos que trajo de un inmenso cementerio en el Pacífico en una bolsa de tela. En ese tiempo en que la gente decía que Fritz Wolfe era vago, un tiempo de Guardería. ¡Mal Nacidos! ¡Dignos del Infierno de Dante!

Con satisfacción, junto a la casa de Fritz Wolfe, se veían como banderas las sábanas con manchas amarillas de los niños pecosos. Era una orina fuerte de gente con leguas viperinas.

La casa de Fritz Wolfe tenía dos hamacas tejidas que lo abrigaban en los días lluviosos y donde se come tranquilamente dos platos de Arroz con Huevo. Siempre hay proteína para Ernesto y su novia de turno.

Su jardín había sido barrido por pedazos y una Escoba permanecía siempre recostada con la Pala y un costal en lo que quedó de un muro que lo aislaba de los otros vecinos. Malos vecinos. Eran unos Extranjeros, un Policía cojo, una anciana con hijos políticos y un inquilinato que vivían de la perfección. Lo que buscan algunos humanos.

El muro del jardín parecía que había sido quitado de golpe para dejar un hueco en el suelo, similar al que

llenaron las aguas de la Mar en el Pacífico.

Debajo de los Mangos de Fritz Wolfe y junto a una piedra tallada donde una vez molieron Maíz, crecían otros árboles esperando recibir también un poco de luz y algo de agua. Y entre ellos un Coco del que salían tres hojas que le prometía a Fritz una enorme Palma. Había sido comprada a un Vendedor de Dulces de Coco que recomendaba agregarle sal para que siempre recordara la Mar del Pacífico. Y es que cuando no hay agua dulce si no salada, abundan los Cocoteros y los Corales.

- Raúl, Tito, Jane, Marilyn y Sexta son ahora los que cuidan mi casa, Ernesto – dijo Fritz Wolfe acomodando las cinco sillas viejas para que se acomodaran sus perros – Sus latidos ahuyentan los Piratas, a Contrabandistas y a los Abogados ambiciosos por la tierra. Y su quinto dedo en las patas traseras los hace únicos. ¡Tengo una nueva raza! ¡La de

los exploradores marinos! Eran los Perros que tenía la gente con sangre azul. Los dioses de la Mar.

- Por eso es que las canecas ahora tienen una piedra de Coral encima de la tapa. Sienten curiosidad por las escamas que boto – dijo Ernesto rascándole la cabeza a uno y colocando sobre la mesa el libro de la Mar. Un borrador. Dentro de él una antigua invitación al cumpleaños de cuatro años de las hijas de Fritz. Habían pasado 56 años desde que se olvidaron de él. Desde las malas caras del día en que una espina de pescado le partió los dientes.
- Voy a vender esta casa – dijo Fritz Wolfe – Todo junto a ella cambio.
- ¿Y a dónde irá? – dijo Ernesto mirándola con detalle.
- Al final quiero cambiar de vida – dijo Fritz Wolfe – Dejarla y no mirar atrás. Que no me pase lo del Padrino José que quería una casa junto al Río. La enfermedad le gano.

- Eso decía su antigua vecina, la que no tenía buena digestión y quería hacer un viaje con comida incluida – dijo Ernesto.
- Es diferente. Ella creció sin lujos por lo que perder dinero en comida que no podría comer era justificado – dijo Fritz Wolfe – Lo importante para ella era sentirse importante.
- ¿Y ahora que estará haciendo? – dijo Ernesto.
- Estudió el oficio de las oficinas pero después de romper argollas, se volvió cariñosa con los genitales de la gente del puerto – dijo Fritz Wolfe – Me dijo que con eso se ganaba más dinero. Una opinión honesta de quien no valora con tanto sentimiento sus genitales. Problemas de hombres celosos.
- Algún Virus tendrá – dijo Ernesto calentando un poco de carne con arroz que había sobrado de la comida anterior. Con un bocado despreciado por un pescador joven que no quería ser visto llevando sobras.

- Siempre habrá a quién culpar – dijo Fritz Wolfe – Menos a uno mismo. Un hombre puede vivir sin culpas en soledad.

La Isla había cambiado mucho – Como los cabellos de Fritz Wolfe y de Ernesto. Blancos con el polvo de la vida – Era la misma Isla de siempre pero no la calle que pisó Fritz Wolfe por primera vez. Ni la Buseta a la que se montó para hacer un mandado. Ahora la gente era víctima de la magia de otros. Fritz Wolfe sabía caminar entre esos escombros y engaños.

También el silencio del pasado desapareció para Fritz Wolfe con los gritos de las tormentas, similares a los de las noches de la Guerra de los cañones (donde las tragedias de otros que fueron pensadas en una mesa y nunca se pensó sobre el sufrimiento que se dejó en esas playas).

- Me acuerdo que antes usted quería tener varios Ranchos, Fritz – dijo Ernesto – Ser alguien reconocido también por terminar el

Bachillerato. Por eso acumulaba piedras y ladrillos. También tener más de 8 pantalonetas.

- Ahora es mejor estar recogido, con poco y sin tanta ilusión - dijo Fritz Wolfe - Los días pasan como tiene que ser. Se duerme mejor. Hasta los demás pensaran que estoy muerto. Aquí en la Isla tener atrae a gente codiciosa.
- Me parece que si no se piensa tanto en las ilusiones estas vendrán - dijo Ernesto - Siempre le llega más al que no quiere tener sus ilusiones, Fritz. Más platos de sopa de Cangrejo.
- Hace unos días tuve un dolor de muela. Se partió con un hueso de pescado - dijo Fritz Wolfe sobando su quijada - Duele tanto como dejar caer un Ancla en los dedos del pie. Ese grano de Mazorca me tumbo al suelo. La Dentista dijo que había tenido una buena vida. Los dientes hablaron.

- La muela estuvo bien mucho tiempo y no le agradeció – dijo Ernesto – Seguramente la Dentista tuvo que ir a que le botaran Agua Bendita. Algo de su putrefacción interna se volvió tan pegajosa como el Plátano que dejó sin cáscara. Robertico el Pescador tiene una vida desordenada pero tiene los dientes sanos.
- Mordemos de pequeños a nuestras madres – dijo Fritz Wolfe –Algunos golpes con la escoba nos enderezan.
- Yo mordí a un ladrón de redes – dijo Ernesto – En el pescuezo. Me iban a meter preso. Los Policías dijeron que era un muchacho confundido.
- ¿Cree que nos afecte que la Isla no tenga dinero? El Alcalde esta pensando en impuestos – dijo Fritz Wolfe.
- Eso de los cobros me hizo acordar de Rosa, la del pleito con el fotógrafo que vivía al otro lado de la Isla y que la retrato con los dientes blancos y ella los quería amarillos,

para recordarles que mascaba tabaco – dijo Ernesto.

- Ayer me dijo alguien del puerto que todos los Pescadores teníamos mucha imaginación – dijo Fritz Wolfe – Para existir en esa monotonía de la Mar. Para los días en que no llega el pescado.
- ¡Esta difícil no ser así! Lo otro seria pensar los mismos problemas una y otra vez para terminar encerrado en un cuarto – dijo Ernesto.
- Mejor esperemos a ver que atrapa el anzuelo – dijo Fritz Wolfe – Hoy, mañana, tal vez el viernes.